

Materiales de Sarabe (Urdiain). Estudio arqueológico

En diciembre de 1972 me proporcionó D. José M.^a Satrústegui Zubeldia un conjunto de materiales (cerámicos fundamentalmente) recogidos por él en el lugar de Sarabe (término de Urdiain), no lejos del límite de ese término con el de Ataun, cabe el camino de Urdiain a San Gregorio. Suponen el adecuado complemento a las investigaciones etnográficas desarrolladas por el Sr. Satrústegui en torno a la peña *Gastaleko-aitza*. Además de los elementos arqueológicos que a continuación se estudian, se habían recogido allí cuatro monedas que, analizadas por D. Felipe Mateu y Llopis, han resultado ser acuñaciones de Felipe II Augusto (1180-1223) y Luis IX de Francia (1226-1270) y de los monarcas castellanos Fernando III (1230-1252) y Alfonso X (1252-1284). Así poseemos ya, de partida, un ámbito cronológico aproximativo —el siglo XIII— al que, en principio, puede atribuirse la totalidad de los materiales arqueológicos que me han sido confiados¹.

Por desgracia, la arqueología medieval (tanto en cuanto a método de investigaciones de los yacimientos mismos, como en lo referente a elaboraciones tipológicas precisas de los diversos repertorios de la tecnología de la época) no se ha cultivado excesivamente entre nosotros. En absoluto alcanza el nivel de especialización que está adquiriendo en estos últimos años en países extranjeros ni, tampoco, puede parangonarse con la intensidad y minuciosidad de las investigaciones de época prehistórica a romana realizadas en el País Vasco². Los materiales medievales —sobre todo las piezas pobres

1 El estudio numismático de F. MATEU y LLOPIS, lo mismo que el etnográfico por J. M. SATRÚSTEGUI, se incluye en las páginas de este mismo tomo de "Cuadernos de Etnografía y Etnología de Navarra". Quiero expresar mi agradecimiento al excelente amigo J. M. Satrústegui por haberme confiado el análisis de estos materiales. Y a los alumnos de nuestro Departamento de Historia de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza (Srta. Pilar Ruiz Giménez, D. Carlos Guallar Moreno y D. Jesús A. Garrido Vallejo) que me han ayudado en la ordenación y dibujo del conjunto de materiales.

2 Resulta altamente esperanzador el incremento que esta faceta peculiar de la Arqueología —como importante auxiliar de la elaboración histórica— está tomando hoy en el extranjero. Por señalar algunos ejemplos, se ha de destacar el benemérito trabajo de la "Society for Medieval Archaeology" del British Museum, de Londres, o las valiosas aportaciones a la conferencia internacional sobre la aplicación de métodos científicos a la Arqueología Medieval organizada por la Universidad de California —Los Angeles— en octubre de 1967 (vid. *Scientific Methods in Medieval Archaeology*, ed. R. BERGER, Ber-

o carentes de belleza— han sido normalmente minusvalorados en nuestras excavaciones: ni se ha tomado cuenta de ellos, ni se les ha reproducido adecuadamente. Los vestigios sin embargo no han debido ser escasos. Como excepciones a esta penuria habrán de señalarse las excavaciones guipuzcoanas en los recintos fortificados o castillos de Mendicute (por Isaac López Mendizábal), de Ausa y Jentilbaratza (por José Miguel de Barandiarán) y de Aitzorrotz (por Ignacio Barandiarán), o las de las cuevas artificiales (de época visigótica y altomedieval) de Alava (por José Miguel de Barandiarán por ejemplo, en Sarracho, en Marquínez, Faido, Laño, Urarte,...), o la excavación de Pamplona (por María Angeles Mezquiri, o la revisión estratigráfica del casco viejo de Vitoria (por Domingo Fernández Medrano, Armando Llanos y Jaime Fariña; con evidencias de fines del siglo XIII hasta el XVIII)..., y poco más. En regiones inmediatas sería injusto silenciar los trabajos de Juan Zozaya (en la provincia de Soria) y los intensos de Alberto del Castillo (en la Rioja, Aragón y Cataluña) estudiando las necrópolis medievales.

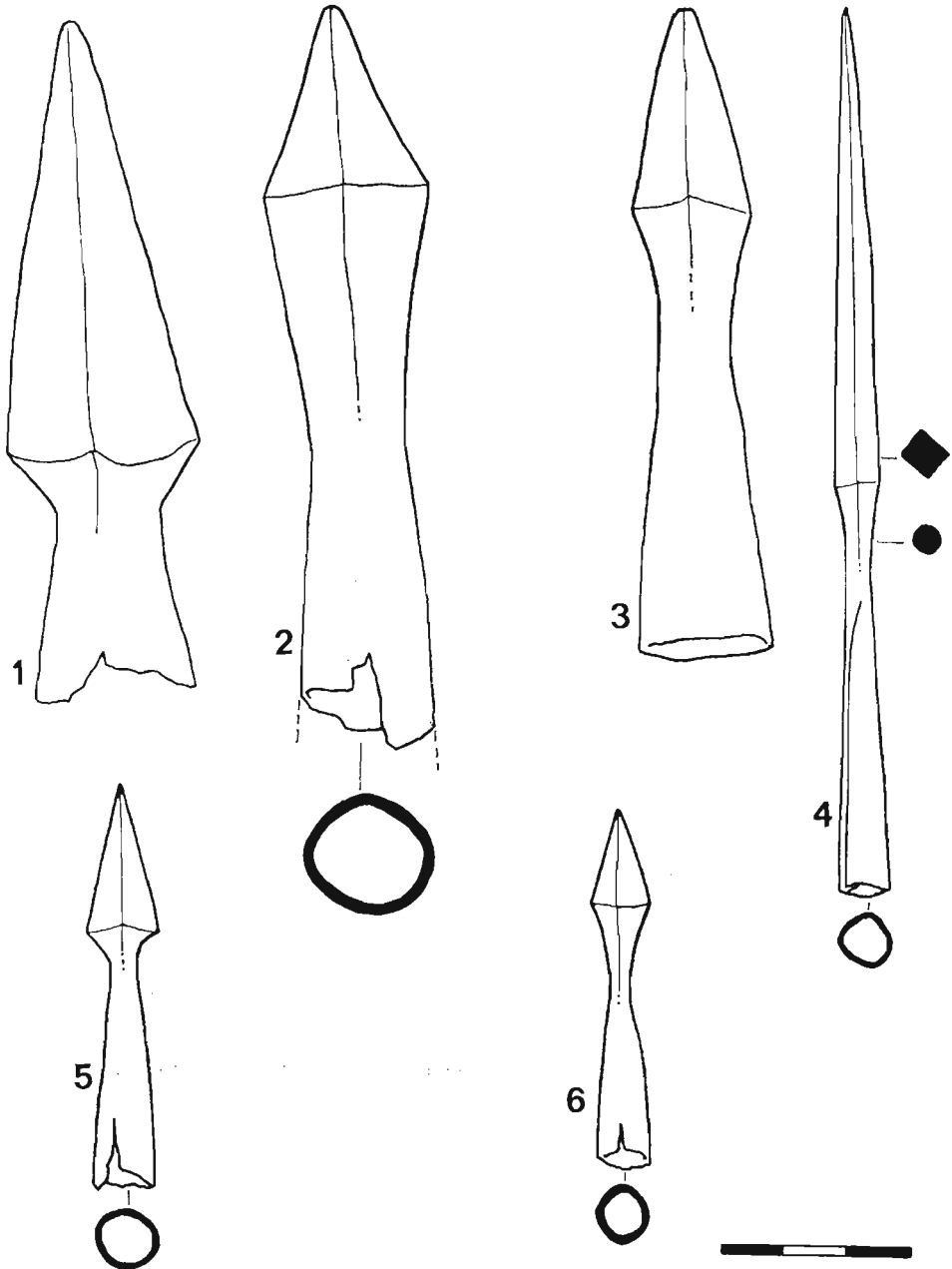
Sirvan estas referencias de justificación previa a las dificultades de tipologización y cronología del conjunto de Sarabe. De todos modos, y pese a la escasez de información que de ellos sepamos obtener, pienso de interés su exposición detallada para —al menos— poder ir formando ese deseable corpus de materiales, condición previa a todo ulterior estudio tipológico más preciso de Arqueología medieval.

Los objetos que a continuación se describen fueron recogidos en dos lugares distintos —pero próximos entre sí— el «hayedo» y el «raso». Ambos se sitúan al pie de un farallón rocoso en cuya cumbre se abre la «Jentilen Leihoa», cueva en parte natural y en parte acondicionada, de donde cayeron abajo (a aquellos «hayedo» y «raso») los materiales, que recogió J. M.^a Sastrústegui. Ello explica la extremada fractura de las evidencias cerámicas e impide, por otra parte, su ordenación estratigráfica. Según comunicación del colector de esos elementos se hallaban integrando un solo nivel de depósito, bajo un manto superficial de humus. Ciertamente la consideración de su conjunto evidencia tanto la semejanza de los procedentes de uno y otro lugar (como provinientes todos, en último extremo, de aquella cueva superior a la que servirían de vertedero) como su homogeneidad en cuanto a tipos, técnicas y —por ende— cronología.

keley —Los Angeles— London, 1970). Existen, por otra parte, excelentes revistas especializadas sobre estos temas: destacan las *Medieval Archaeology* (desde 1956, por el British Museum londinense), *Archéologie Médiévale* de París (desde 1971) o la recentísima *Zeitschrift für Archäologie des Mittelalters* (dirigida por G. P. FEHRING, W. JANSSEN y H. STEUER: tomo I en 1973).

1. PUNTAS DE FLECHA

Se han encontrado más de medio centenar de puntas de venablos y flechas de hierro; aunque de diversas formas poseen todas unos caracteres



comunes: su base hueca de sección circular y estructura tubular, su punta maciza de sección cuadrada y su cuerpo no robusto.

El tipo más frecuente (núm. 4) es el de la punta de flecha muy larga y esbelta. Tomando como ejemplo una de las más largas, tiene 157 mm. de longitud de los que 85 corresponden a su punta y cuerpo (de sección cuadrada de 6 mm. de lado máximo); su base (en la que se insertaba el astil) tiene 9 mm. de diámetro máximo, estando su forma tubular producida por un replegado sobre sí de la delgada chapa de hierro que la constituye.

Hay otras puntas menores (por ejemplo las núms. 5 y 6), de semejante estructura, pero más cortas y gruesas en proporción.

Y otras puntas potentes, de mayor calibre, probablemente de ballesta (núms. 1, 2 y 3): apenas media docena de ejemplares.

No se han encontrado las de arponcillos o aletas que no suelen ser raras en conjuntos contemporáneos³.

El tipo de las puntas de flecha descritas en primer lugar (núms. 4, 5 y 6) es bien conocido en yacimientos de fines del siglo XII y de todo el desarrollo del XIII: por ejemplo, en los campos de la batalla de Alarcos, o en las estaciones de Peña del Castillo (Marquínez), Ausa (Zaldivia), Jentilbaratza (Ataun), Kobaundi (Mondragón) o Aitzorrotz (Bolibar-Escoriaza)⁴.

2. CLAVOS

Son muy abundantes y de diferentes tipos que se han ejemplarizado en una lámina (núms. 7 a 17). Tienen todos cuerpo de sección cuadrada y son de hierro, pero varían en cuanto a sus dimensiones y a la forma de sus cabezas. Se fabricaron por martillado conforme a técnicas que siguen siendo utilizadas aún en el País Vasco⁵.

Los de mayor tamaño tienen cabeza de forma discoide plana (núms. 7, 8 y 13). Como una variedad de este tipo debe apuntarse el núm. 14, con su cabeza desplazada a un lado, y no centrada como en el resto.

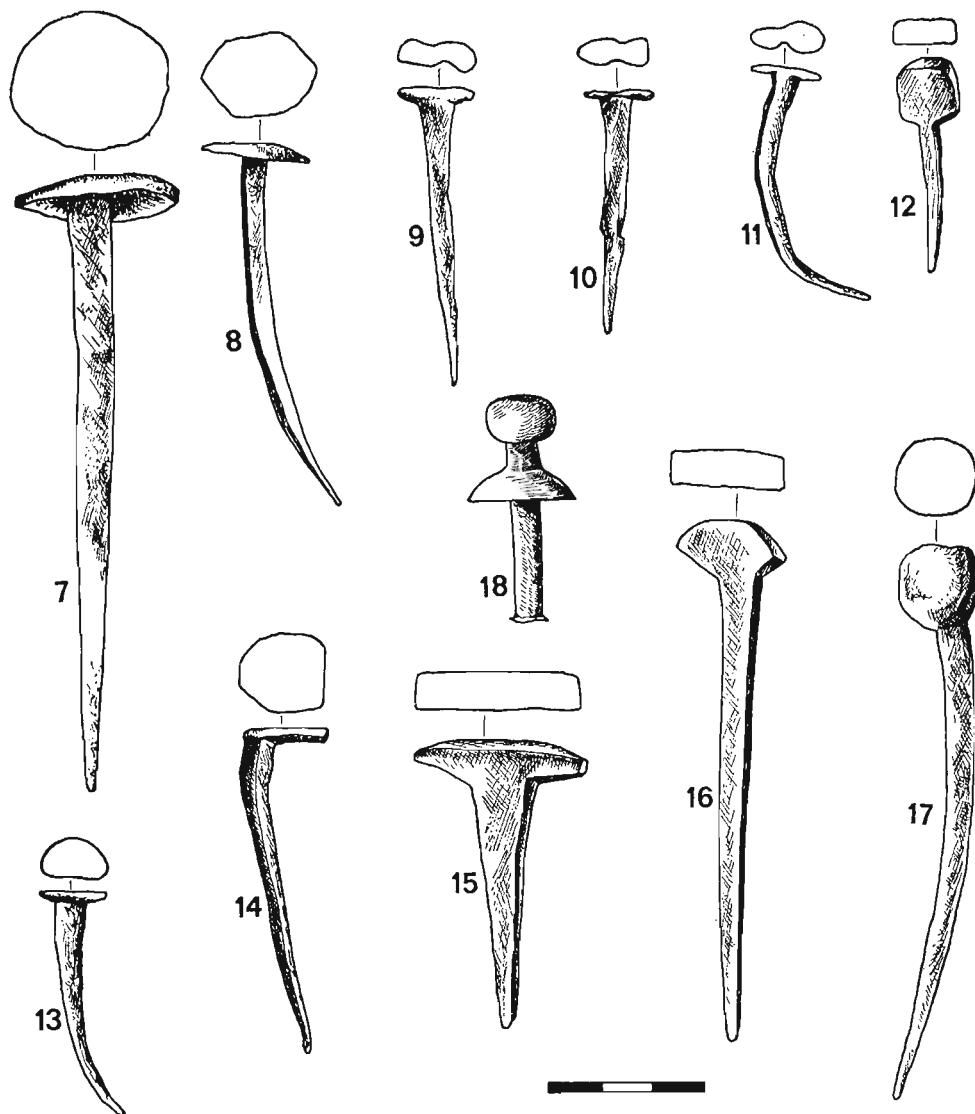
Son más numerosos los clavos de cabeza en forma plana de óvalo estrangulado, o en ocho (núms. 9, 10 y 11).

3 Como los recogidos en el campo de batalla de las Navas de Tolosa (núm. 25. 1.1832 del inventario del Museo del Ejército, de Madrid).

4 Respectivamente en: núm. 25.1.1832 del Museo del Ejército de Madrid; "*Excavaciones arqueológicas en grutas artificiales de Alava*" por J. M. DE BARANDIARÁN (en *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3; Vitoria, 1968; p. 105); y *Excavaciones en Aitzorrotz*. 1968, por I. BARANDIARÁN (en "*Munibe*", XXII, 3-4; San Sebastián, 1970; pp. 125-164; *passim*).

5 Vid., por ejemplo, "Iltzegillea" en pp. 90-109 de *Euskal Esku-Langintza* de J. GARMENDIA (tomo III; San Sebastián, 1970).

MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO



Por otro lado, aparecen formas menos frecuentes en que la cabeza se desarrolla como prolongación natural del mismo cuerpo del clavo, conservando su mismo grosor pero tomando —en su anchura— contornos diferentes: así en T (núm. 15), en cuadrado (núm. 12) o aproximadamente subtriangular (núm. 16).

Finalmente debe señalarse un tipo excepcional, de cabeza esférica o globular (núm. 17).

Varias de las señaladas formas de clavos de Sarabe tienen paralelos en excavaciones próximas, con lo que puede precisarse su cronología. Así, los de cabeza discoide plana se han hallado en relativa abundancia en Aitzorrotz (niveles b y c); los que la tienen en forma de ocho se encontraron en nivel de prospección previa (no datado) de Solacueva, en el estrato III de la habitación rupestre de la Peña del Castillo (Marquínez) y en niveles —datados por J. M. de Barandiarán en el siglo XIII— de Jentilbaratza y Ausa⁶.

El núm. 18 es un elemento extraño de bronce: probable elemento de unión (por el remachado de su extremo inferior y el disco de tope del superior) entre tablas, planchas metálicas o piezas de cuero. Es bastante semejante a uno encontrado en el estrato b de Aitzorrotz⁷.

3. METALES VARIOS

De mala conservación (incompletos y extremadamente oxidados) son diversos fragmentos metálicos, sobre todo de hierro: resultan de difícil tipología.

Hay, por un lado, media herradura con los agujeros de forma rectangular, y de sección notablemente más gruesa (aunque de la misma anchura) que las herraduras actuales. La de Sarabe se puede poner junto a algunas conocidas del País Vasco que no han de ser muy posteriores al final del siglo XIII: así media encontrada en el nivel e¹ de Aitzorrotz (fines del XII a mediados del XIII?), o la de Guereñu (asociada a un broche del estilo de los habituales entre los siglos XI y XIII)⁸.

Por otro lado, se han encontrado en Sarabe hojas de cuchillos y puñales (con filo por un solo lado, y su dorso romo), un trozo de hoja de hoz y diferentes chapas (la mayoría de hierro, algunas pocas de bronce y de plomo) con perforaciones que muestran su función de grapas o apliques para sujetar o asegurar maderas.

4. HEBILLAS

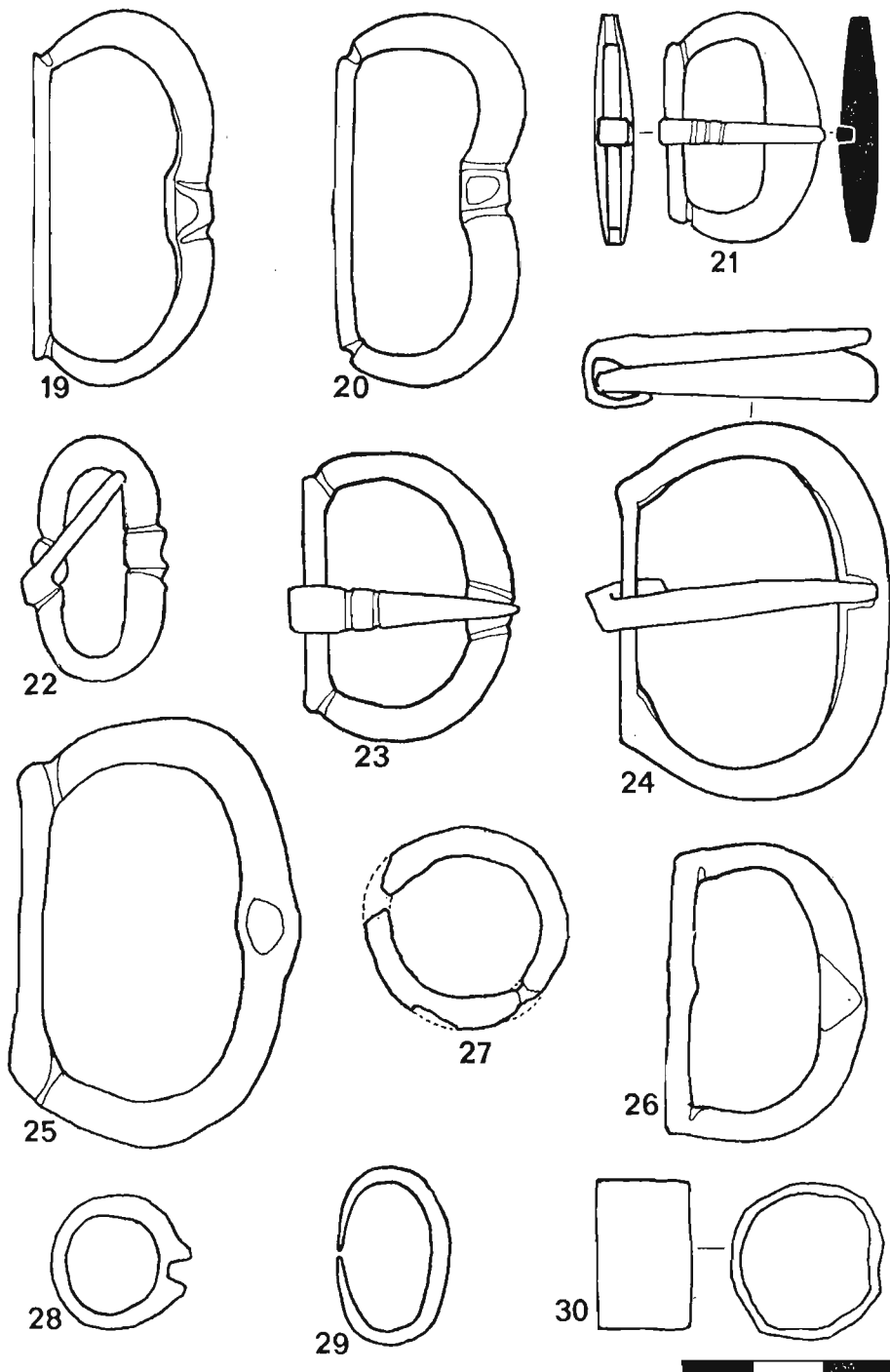
Las hebillas de cinturón de Sarabe, en número de ocho, muestran un conjunto notablemente uniforme: las hay en bronce (núms. 19, 20, 21, 22 y 23) y en hierro (núms. 24, 25 y 26).

6 Aitzorrotz en I. BARANDIARÁN, op. cit.; Solacueva en *Excavaciones en Solacueva de Lacoizmonte (Jócano-Alava)* de J. M. DE BARANDIARÁN (en "Boletín Sancho el Sabio", tomo VIII; Vitoria, 1964; p. 10); los hallazgos de Peña del Castillo, Jentilbaratza y Ausa se citan por J. M. DE BARANDIARÁN en op. cit. de 1968 ("E.A.A." 3: p. 105 y fig. 7.18).

7 I. BARANDIARÁN, op. cit.; fig. 7, d

8 I. BARANDIARÁN, op. cit.; fig. 15, b. Lo de Gereñu se expone en el Museo Provincial de Arqueología de Vitoria.

MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO



Su forma general es de media luna: con un eje cilíndrico y delgado (al que se une la correa y en el que pivota la aguja) y un arco de sección más gruesa (habitualmente semicilíndrica). Este arco tiene en su zona central un entrante y, casi siempre, ahí una depresión o entalladura para acoger con más firmeza el extremo de la aguja. Las hebillas son de una sola pieza: se fundirían, pues, y luego en algún caso (así las 19, 20, 21, 22 y 23; o sea, las de bronce) se les cincelaron algunas estrías o surcos en los puntos de contacto del eje con el arco o en el centro de éste. Semejantes surcos incisos se observan junto al arranque del cuerpo de algunas de las agujas (núms. 21 y 23).

El tipo de hebilla de Sarabe tiene sus lejanos precedentes —como forma de amplia perduración— en aquellas que acompañan a las grandes placas cuadradas de época visigoda (véanse, por ejemplo, las de la colección Lázaro Galdiano, en Madrid). Su paralelo más próximo (en concreto para las más cortas, núms. 21 y 23) se halla en una de plata encontrada en el nivel c de Aitzorrotz⁹.

Además proceden de Sarabe pequeños aretes de función desconocida: son aros normales de sección circular o cuadrada (núms. 28 y 29) o bien tienen estructura cilíndrica (núm. 30; de hierro).

Debe señalarse, también, una chapita delgada de cobre o latón de superficie circular (13 mm. de diámetro), con tres perforaciones alineadas en su centro: parece ser una pieza de aplique sobre la ropa al estilo de las varias recogidas en Aitzorrotz.

5. HUESOS TRABAJADOS

Son contadas las esquirlas o piezas trabajadas de hueso:

— Un fragmento de diáfisis de hueso de grosor mediano con señales de recortado.

— Dos trozos de canino de jabalí cortados intencionadamente.

— Una pieza de hueso macizo trabajada en varilla de sección sensiblemente cuadrada (6,5 por 7 mm. de lado), con surco en torno a uno de sus extremos: aunque está rota en su extremidad «distal» es probable que fuera un elemento colgante.

— Un dado de hueso, cúbico (de 8 mm. de lado), con la habitual numeración por puntos profundamente incisos, del uno al seis, en sendas caras.

No se han encontrado, sin embargo, aquella especie de cuñas potentes recortadas de metatarsianos de buey que resultaban habituales en Aitzorrotz.

⁹ I. BARANDIARÁN, op. cit.; lám. Vb. Datable, por su contexto, entre mediados del siglo XIII y avanzada la mitad del XIV.

6. TEJAS

Abundan tanto en la zona del hayedo como en el raso.

Son muy numerosos los fragmentos procedentes del hayedo (núms. 31 a 44). Su grosor medio anda entre los 11 y 13 mm., siendo las dimensiones extremas los 9 y los 20 mm. (por excepción, un fragmento alcanza los 34 milímetros de grueso). Los colores de sus pastas son normalmente rojos (D38 y, menos, E26) pero se dan variedades, desde el amarillo muy pálido (C63) al amarillo rojo (C48)¹⁰.

En el raso de Sarabe (núms. 45 a 48) los grosores medios de las tejas rondan los 13 mm., mostrándose los extremos en los 9 y los 17. La gama de colores de pastas representadas aquí es semejante a la descrita en el hayedo.

Se debe mantener la absoluta similitud entre los fragmentos de teja procedentes de uno y otro lugar (los dibujados son —como se supone— una selección entre la abundancia de trozos recogidos).

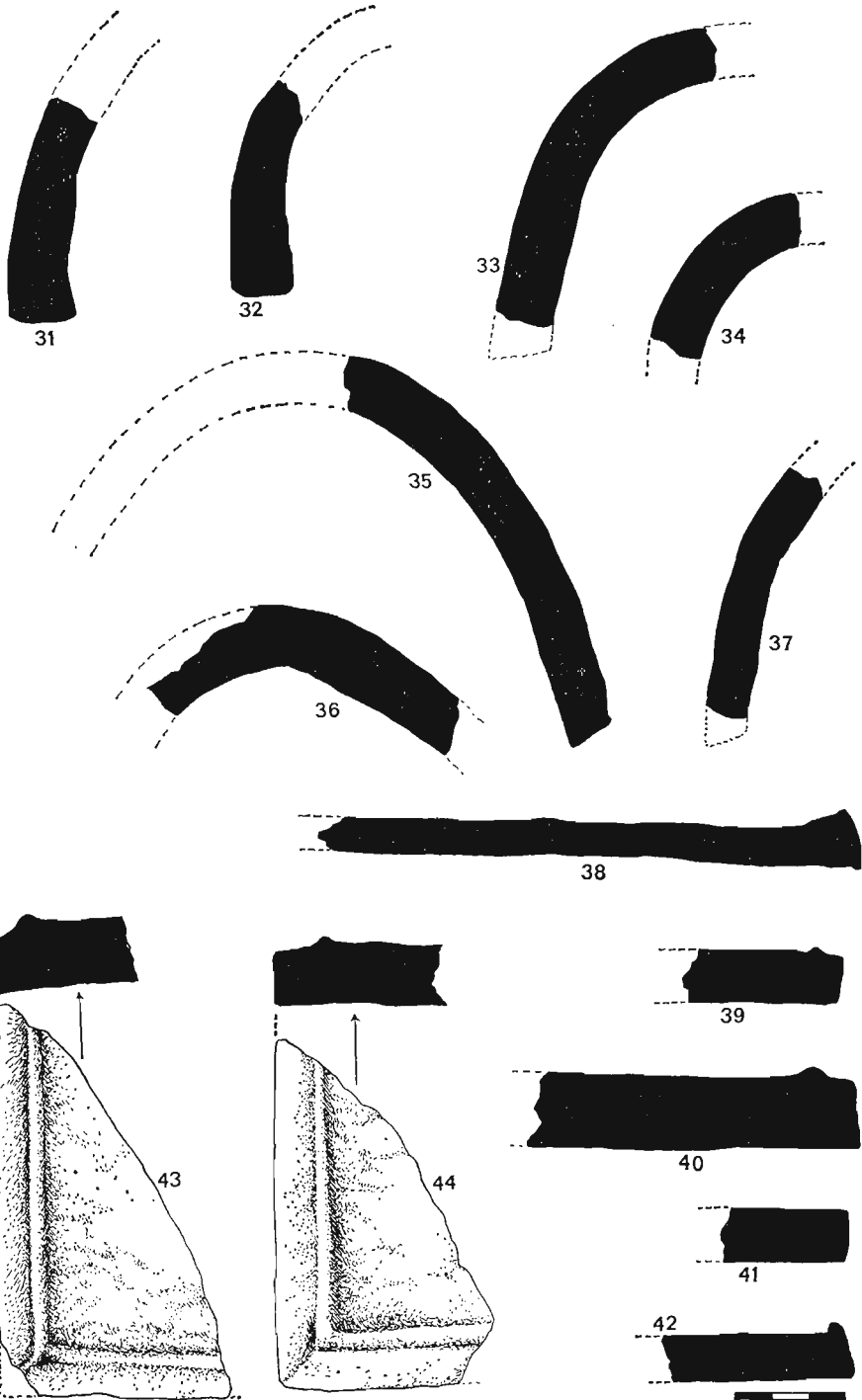
Hay que señalar que en este yacimiento (como resultaba ya en las techumbres de época romana) coexisten las dos formas conocidas de teja: la plana y la curvada. Usadas aquellas para cubrir propiamente la superficie de los techos, y éstas para tapar las líneas de unión entre dos tejas planas inmediatas y para cubrir las divisorias de aguas. Son más numerosas en Sarabe las tejas planas que las curvas. Las planas poseen habitualmente (núms. 38, 39, 40, 42, 43, 44) una pequeña moldura (probablemente por paso de una dedada) junto al borde: cuya finalidad no será otra sino la de asegurar la mayor estabilidad al borde de la teja curva que ahí ha de asentarse. En casos poco frecuentes las tejas planas tienen su borde liso (núms. 41, 47, 48). Estas placas planas no tienen un grosor excesivamente regular ni sus superficies son exactamente rectas.

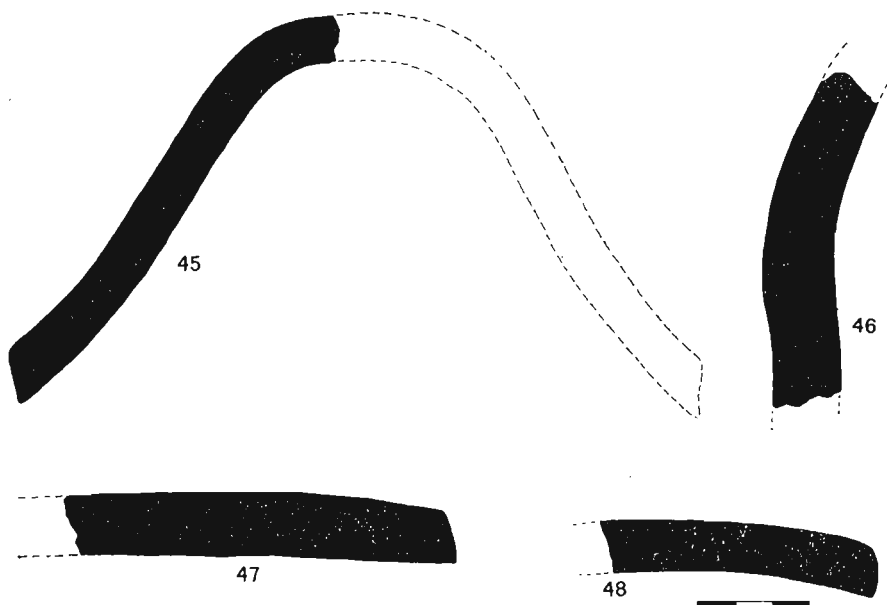
En las tejas curvas se aprecian dos grosores predominantes: unas están en torno a las 15 mm. de espesor, las otras en torno a los 12 ó 13. Es muy interesante la forma de la núm. 45, no en medio cañón sino con doble curva como si se tratara de la utilizada para cubrir la divisoria de aguas, en el vértice de la techumbre.

Las pastas de las tejas de Sarabe ofrecen dos modalidades distintas: unas, de mala cocción y fácilmente desintegrables, de estructura más porosa y color amarillo rojo (C46); las otras cocidas más uniformemente y a mayor temperatura, son de estructura compacta y de tonos más oscuros.

¹⁰ Para la descripción de los colores de las pastas cerámicas utilizo el sistema (por sigla : letra + número; y nombre técnico : color + tono) expuesto por A. CAILLEUX - G. TAYLOR en *Notice sur le Code Expolaire* (ed. N. Boubée et Cie., París, sin año): tomándose los colores sobre las muestras en seco.

IGNACIO BARANDIARÁN



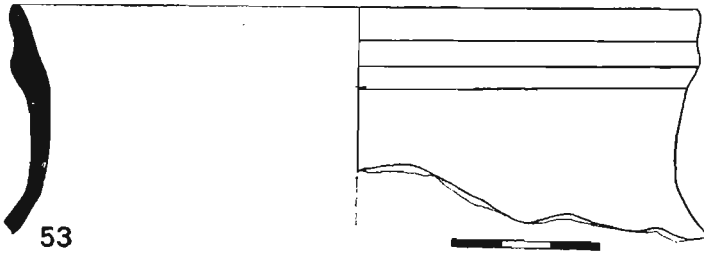
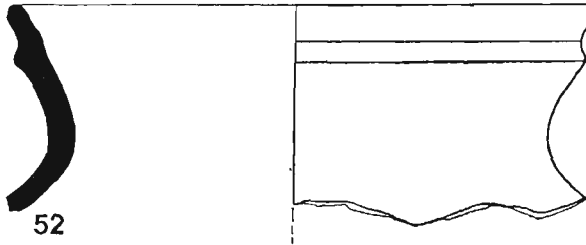
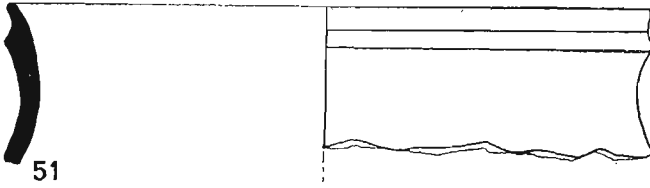
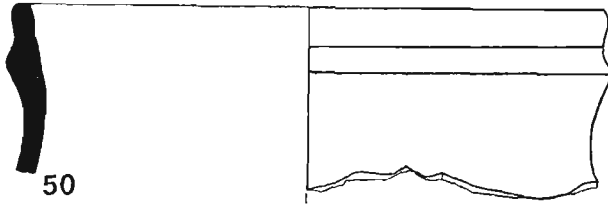
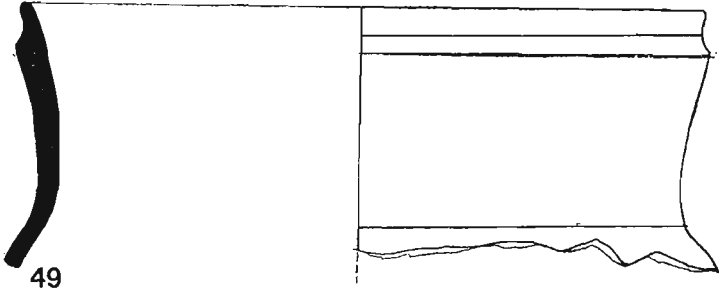


La teja de Sarabe, como los productos semejantes de otras estaciones medievales contemporáneas, ya no sabe de la esmerada elaboración de los alfares romanos que funcionaron —sin duda— en el País Vasco. Pueden compararse —por curiosidad— las *tegulae* o los *imbrices* de Santa Elena (Irún), de Pompaelo, de Imus Pyrenaeus (Saint-Jean-le-Vieux), de Iruña (junto a Vitoria), o de las ricas *villae* navarras de Falces, Lumbier o Villafraanca con estos productos de Urdiain, posteriores casi en un milenio, y apreciarse que ahora las formas son más irregulares, más tosco el acabado y peor la cocción.

En el lote recogido en el hayedo y en el raso observé algunas pellas de barro cocido y de argamasa; deben corresponder a las que, según me ha informado J. M.^a Satrústegui, se encontraron en la misma cueva de arriba, referibles a una obra de albañilería a la que —es lógico— hay que atribuir también las abundantes tejas reseñadas.

7. CERAMICA

Son los cerámicos los restos más numerosos del lote estudiado. Se hallan extremadamente fragmentados por lo que es difícilísima su reconstrucción. En las doce láminas adjuntas (núms. 49 a 134) hemos reunido una selección de las formas que creemos tipológicamente más interesantes.



La mayor parte de ellas provienen del hayedo: sólo son del raso las dibujadas en los núms. 79 y 113.

Normalmente, en los estudios de cerámica medieval se han menospreciado (omitiendo su cita o, cuando menos, haciéndola de forma poco concreta) estas variedades que llamaríamos comunes. Se han descrito adecuadamente las variedades de lujo o las procedentes de alfares afamados y se ha silenciado esta amplia gama de las formas de uso común —habitualmente de cocina— en las que, a priori, puede suponerse una mayor diversificación de los tipos primarios: consecuencia lógica de la mayor abundancia de los pequeños (y locales o regionales) centros alfareros productores de estas modalidades vulgares, frente a los contados talleres de cerámicas de lujo (de mayor capacidad de producción y con medios técnicos más avanzados) ¹¹.

Las cerámicas que a continuación se exponen están muy fragmentadas: en todo caso hemos intentado la reconstitución parcial de sus formas. En cuanto a perfiles elementales, textura de las pastas y sistemas de decoración (tan simples) los recipientes de Sarabe se deben asimilar a las muestras procedentes de Aitzorrotz (en Guipúzcoa) y de las estaciones alavesas de las Cuevas del Cil de Belanquio (Mendoza), y de Escolumbe (Tortura) o de las artificiales de Faido (hoy expuestas en el Museo Provincial de Arqueología, de Vitoria).

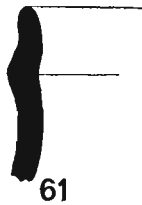
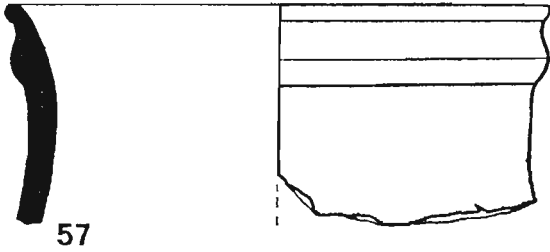
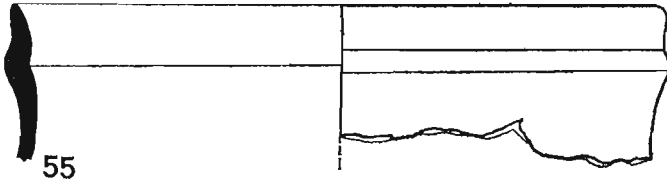
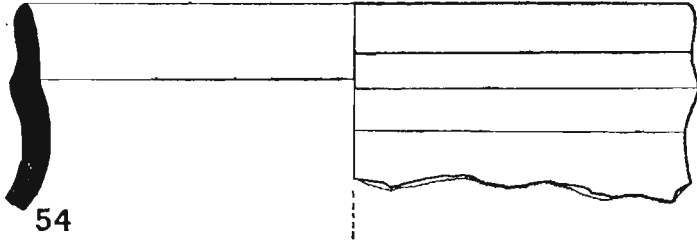
Sólo hemos podido reconstituir aproximadamente buena parte de cuatro vasijas (núms. 81, 87 y —con algunas dudas— 128 y 134). En el resto de los ejemplos seleccionados son mayoría las bocas, un total de 39 (núms. 49 a 67, 82 a 86, 105 a 117, 129 y 133); vienen luego 19 fondos (núms. 74 a 80, y 93 a 104), 14 perfiles del galbo cuello-panza (núms. 68 a 73, 88 a 92, y 130 a 132), y 10 muestras de asas (núms. 118 a 127).

Son más numerosas las variedades no pintadas ni vidriadas (núms. 49 a 85, 88 a 113, 117, 119, 120, y 122 a 126), que aquellas otras cubiertas de color o de barnizado (núms. 86, 87, 114 a 116, 118, 121, y 127 a 134).

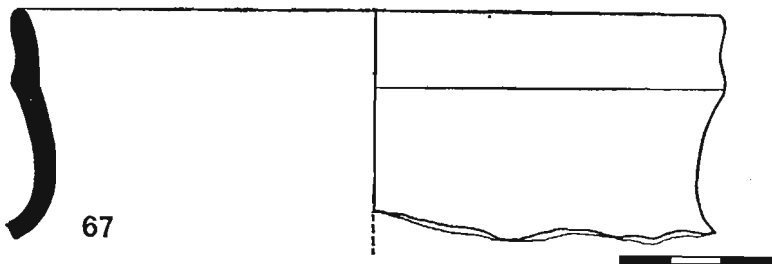
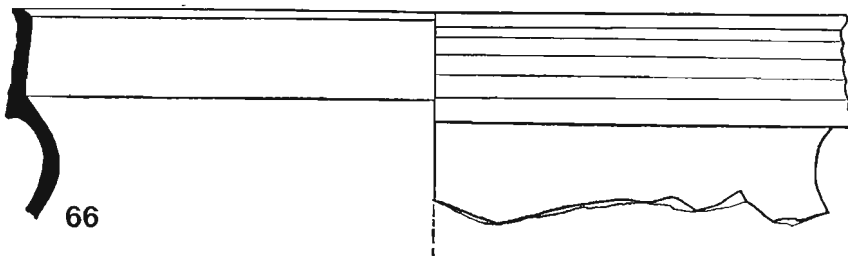
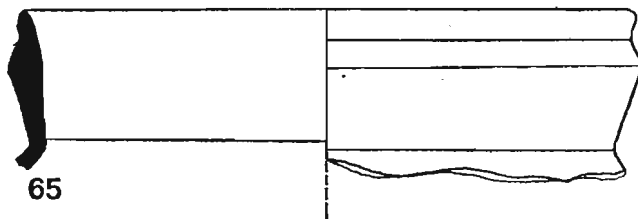
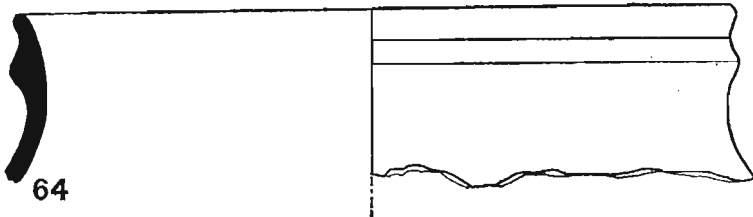
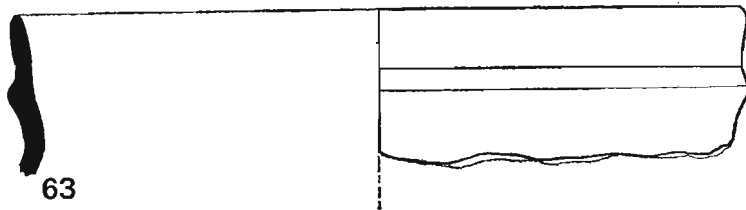
¹¹ Véanse, por ejemplo, las escasísimas referencias a estas formas vulgares en la reciente —y para otros temas excelente— síntesis de L. M. LLUBIA, *Cerámica medieval española* (Barcelona, 1967). Por fortuna, como antes se señaló, hoy se viene considerando con más interés —por parte de los arqueólogos— el estudio de estas modalidades comunes: véanse los estudios de Juan Zozaya en los niveles medievales de Medinaceli y de Numancia, las descripciones minuciosas de Fernández Medrano, Llanos y Fariña de las formas encontradas en las excavaciones de 1967-68 en la parte vieja de Vitoria o la elemental tipología (por pastas, no por formas) que propusimos sobre el conjunto de fragmentos de la I campaña de Aitzorrotz.

Pienso que, de todos modos, esa tipología formal debe ser acompañada por análisis de pastas y cocciones (es decir, puramente tecnológicos): D. Leandro Silván, en San Sebastián, ya ha comenzado a estudiar por métodos físicos y químicos tales temas en muestras guipuzcoanas y vizcainas.

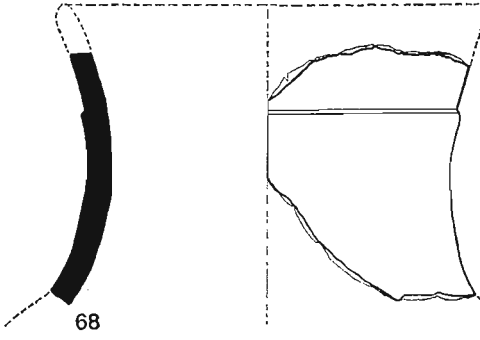
IGNACIO BARANDIARÁN



MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO



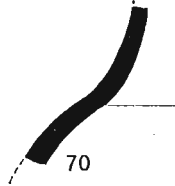
IGNACIO BARANDIARÁN



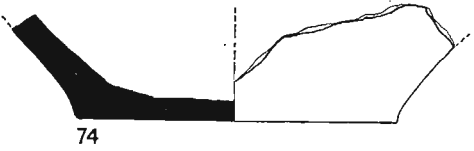
68



69



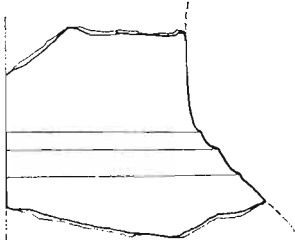
70



74



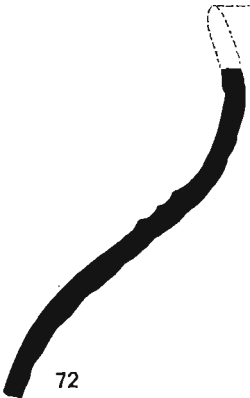
71



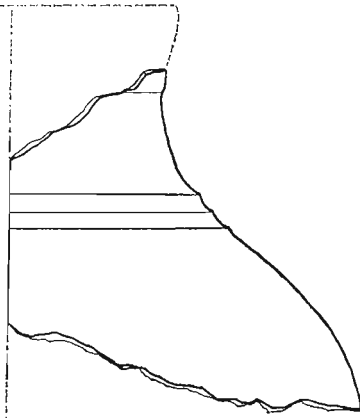
75



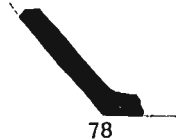
76



72



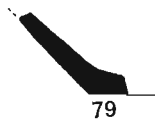
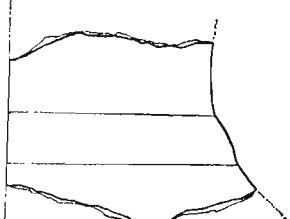
77



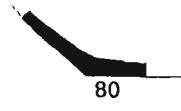
78



73



79



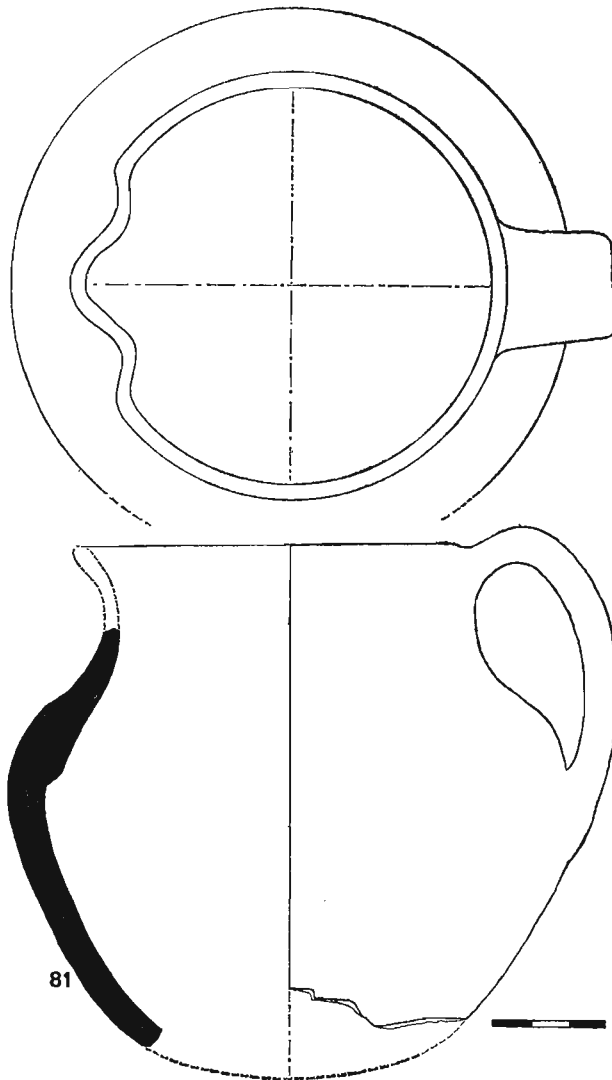
80

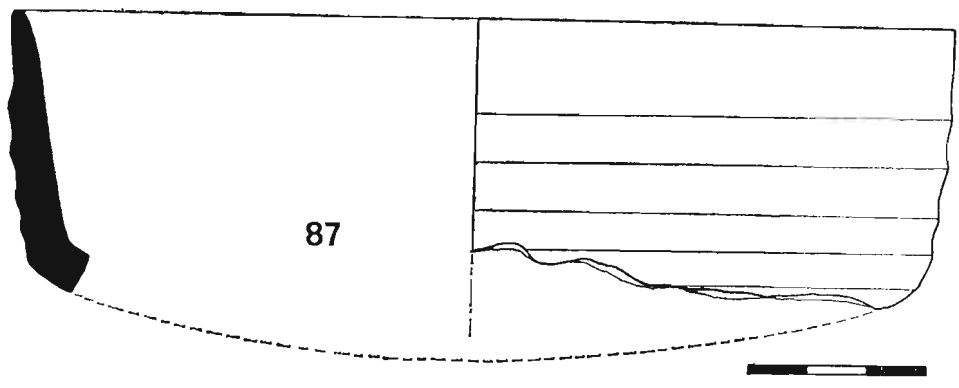
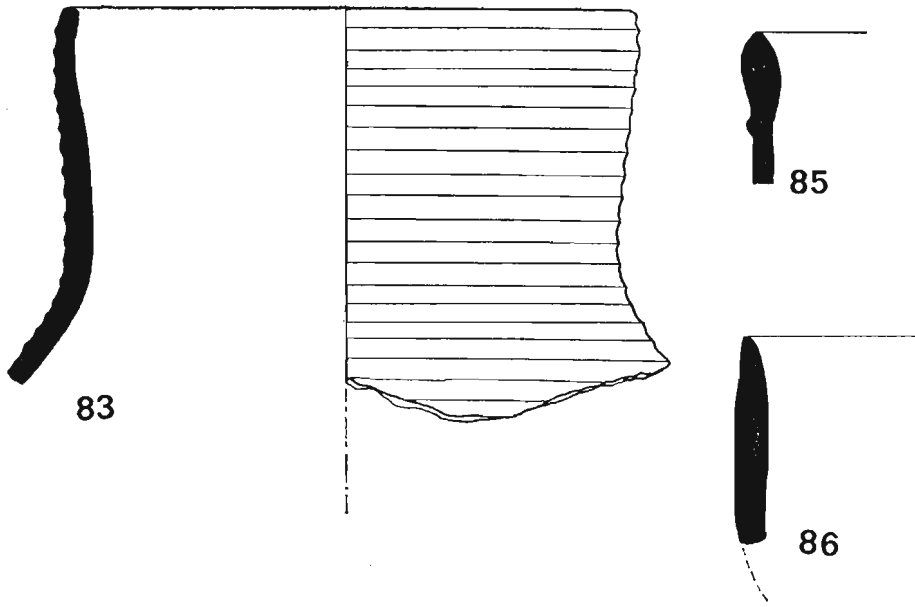
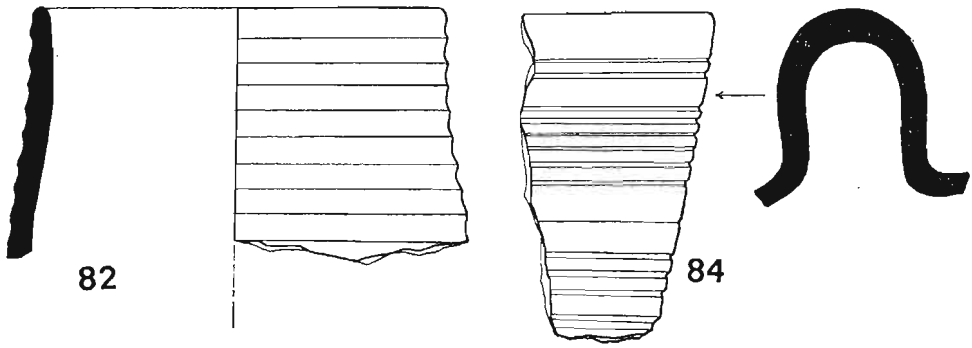


68

MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO

Las vasijas carentes de vidriado o pintura son de pastas de tonos ladrillo: habitualmente de color amarillo rojo (D46 a C56). En cuanto a calidades de esas pastas no se observan las variedades que en otras estaciones (p. e. Aitzorrotz, donde se distinguieron hasta cinco modalidades): en Sarabe los cortes de la cerámica muestran arcillas bien depuradas, de desgrasantes no visibles, compactas y bien cocidas (a temperaturas altas y uniformemente aplicadas). Con dos excepciones a esa tónica general: un puchero de pasta gruesa (y estructura porosa) (el núm. 113) y algunos fragmentos de unas vasijas de pastas muy bien cocidas, con desgrasante micá-





ceo visible, de paredes finas (3,5 mm. de espesor) y color grisáceo (vid. núms. 66, 93 y 96) que corresponden a pucheros de fondo plano (con un ligero reborde en relieve en torno a la base) que debieron ser empleados para la cocción, directamente puestas al fuego.

En este repertorio de vasijas no pintadas ni vidriadas se pueden distinguir algunas formas diferentes:

— Hay recipientes de boca alta (en diámetros en torno a los 130-150 milímetros: sus extremos son los 100 a 160; por 30 a 50 mm. de altura, hasta el cuello o arranque de la panza) con una moldura en relieve, al exterior, bastante próxima al mismo borde (núms. 49 a 55, 57 a 59, y 61 a 67). Deben corresponder a cuerpos no excesivamente globulares de bases planas: con o sin asas (éstos posiblemente más numerosos).

— Son escasos los de borde con labio aplanado en horizontal (o con una ligera moldura ahí), que debieron usarse con tapadera (núms. 56 y 60).

— Hay algunos casos de jarras con boca trilobada (y, lógicamente, asa) para contener y servir líquidos. Una de ellas (núm. 81), casi completa, ofrece forma de jarra baja de ancha panza y fondo curvado, con asa amplia de cinta. Sus dimensiones son : 115 mm. de diámetro en boca, 155 mm. en panza y 140 mm. de altura. Se fabricó en dos momentos: primero su mitad inferior, sobre la que se moldeó y soldó el cuello y boca (según se anota en el dibujo núm. 81).

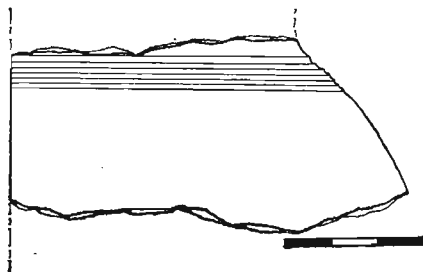
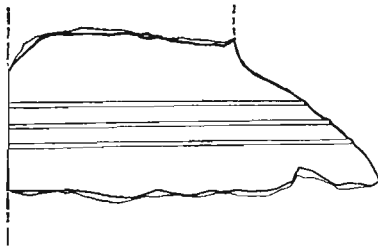
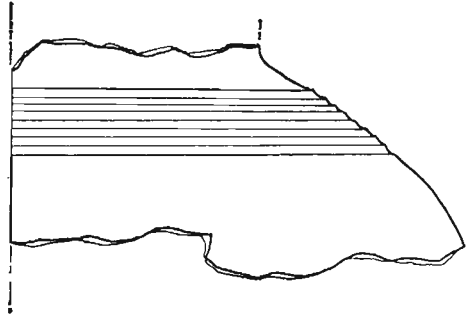
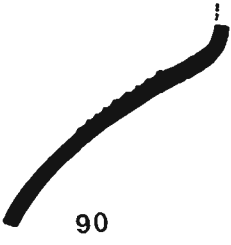
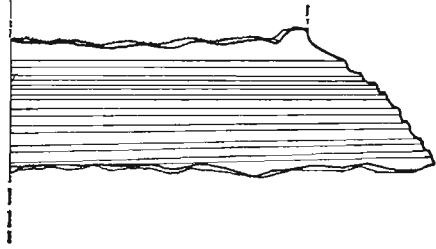
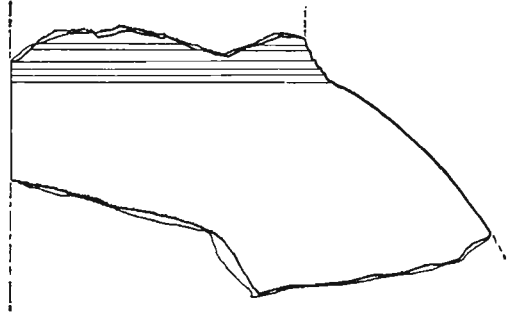
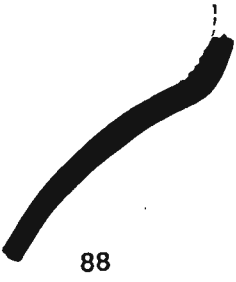
— Otras dos jarras de boca trilobada se aseguran por los fragmentos núms. 84 y 85 (en aquél la vasija tendría cuello relativamente estrecho y alto, con toda la superficie exterior estriada por incisiones paralelas horizontales).

— Varios cuellos son cortos y de gruesa sección y debieron corresponder a formas más bajas y globulares —como de pucheros— (núms. 107 a 109, 111 y 112).

— Hay otros cuellos altos y estrechos, de paredes finas, con estrías paralelas al exterior (núms. 82 y 83; y la ya citada jarra núm. 84). Sus dimensiones de diámetro de boca por altura son, respectivamente: 70 × 40 y 98 × 58 milímetros.

— Como tipo único (núm. 113; precedente no del hayedo sino del raso de Sarabe) hay una boca abierta de grueso labio, correspondiente —sin duda— a un puchero de cuerpo globular.

— Si consideramos los galbos de cuello y arranque de panza (véanse núms. 68 a 73, 88 a 92, 116 y 117) se notan como frecuentes las series de estrías horizontales, en banda única y sólo al exterior en la zona de contacto cuello-panza (así en las núms. 71, 72, 88 a 92, y 116). En algu-



nos casos (vasijas núms. 72, 88 y 116) puede calcularse aproximativamente la anchura máxima del recipiente, en su panza: es, respectivamente, 190, 220 y 280 milímetros.

— La gran garrafa núm. 116 es el único vaso decorado: por un motivo inciso en zigzag que se desarrolla en torno a su cuello, cerca del labio. En este mismo recipiente hay goterones, sólo por el exterior, de barniz casi transparente en zonas del cuello y parte superior del dorso.

— Los fondos controlados (excepto el de la jarra núm. 81) son planos: su grosor oscila entre los extremos 3 y 12 mm.; tienen (así en números 96, 103 y 104) un ligero reborde en relieve.

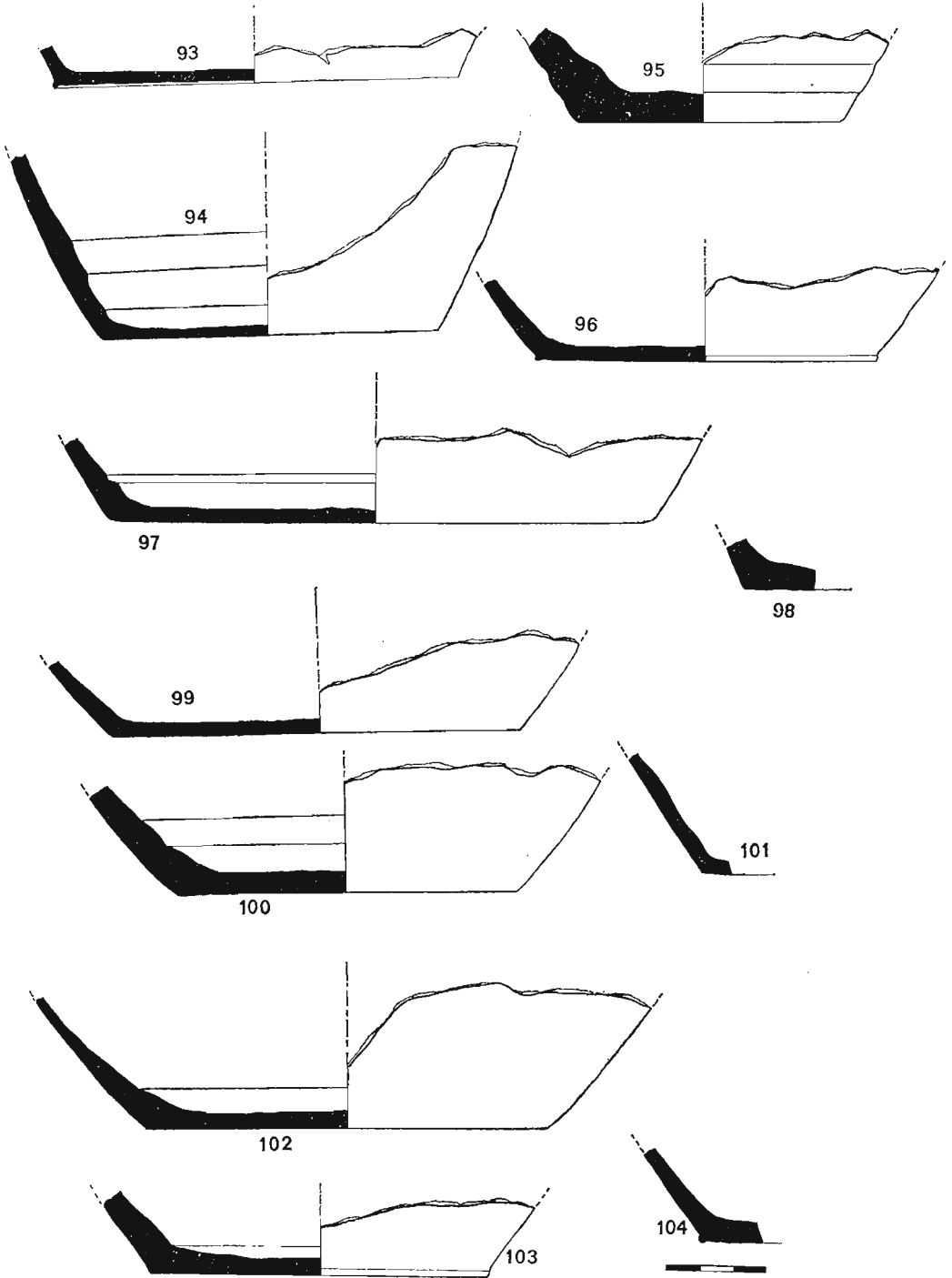
— Los fragmentos sueltos de asa son —en todos estos casos de vasos no pintados ni vidriados— aplanadas (de cinta: vid. núms. 119, 120, 122 a 126, y 81): miden entre 34 y 65 mm. de anchura.

Los recipientes vidriados son más escasos que aquellos otros. Sus pastas muestran más variada gama de tonos: los normales son amarillos pálidos (C83), dándose tonos mucho más claros, como los amarillo muy pálido o marrón muy pálido (B63 ó C63): siempre son más claros y menos rojizos que en las pastas de los vasos no vidriados, que antes se comentaron. En cuanto a los barnices que los recubren muestran una gama que se mueve entre los extremos claro (amarillo pálido: J88) y oscuro (rojo oscuro y marrón oscuro: H34 y H64), por variedades amarillo oliva oscuro (E76), oliva (F84), marrón (E72) o marrón oliva (F74). En general se observa que los barnices de tinte verdoso y claro (los oliváceos y amarillentos) son más frecuentes sobre las pastas más claras, en tanto que barnices oscuros (marronáceos y rojizos) predominan sobre pastas más entonadas en ladrillo (así el amarillo rojo: C46, D48).

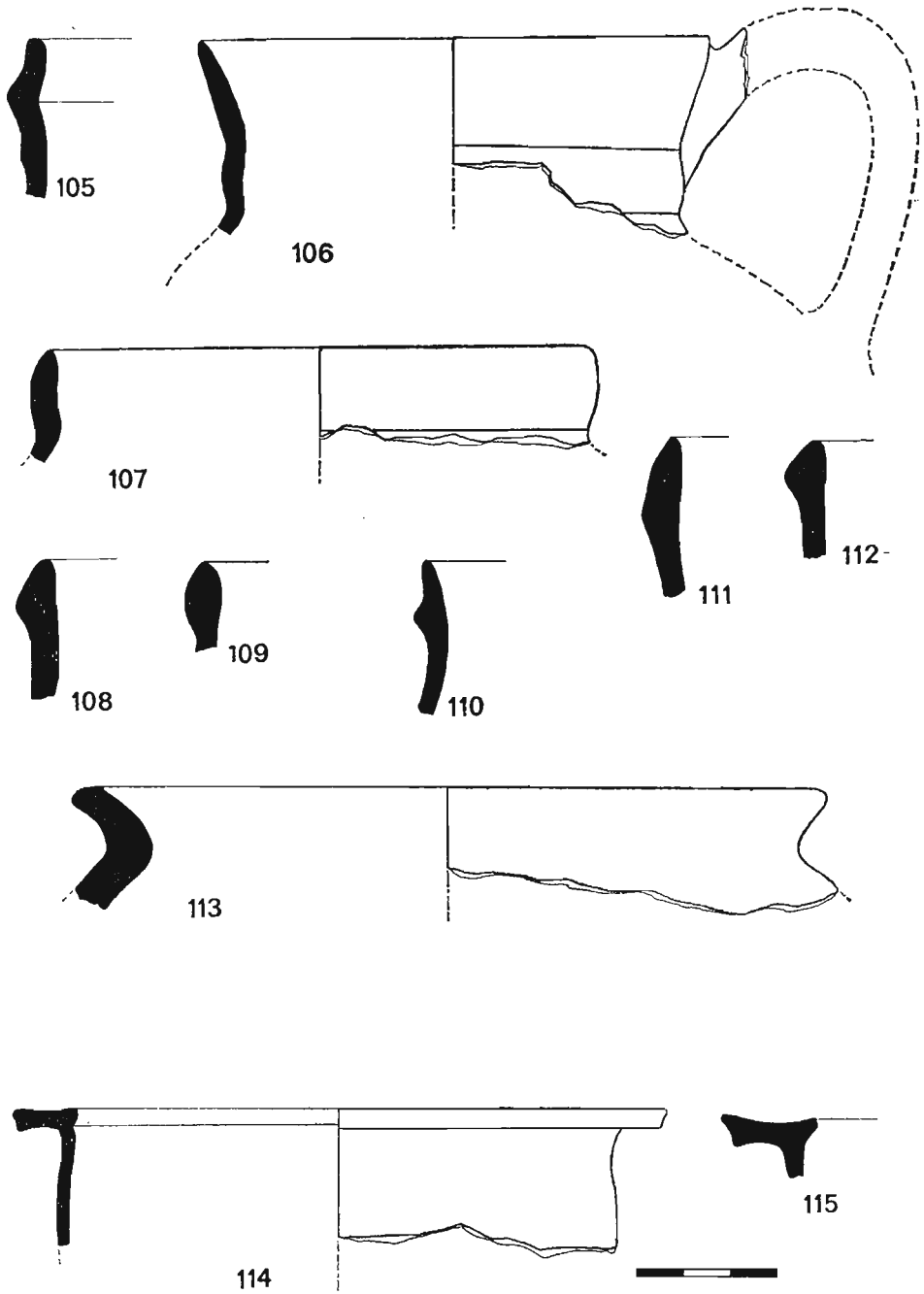
Esos barnices cubren casi siempre sólo el exterior de los recipientes; por la mala calidad de las pastas, en algunos casos el vidriado se ha desprendido en escamas. Los tonos de los barnices no suelen ser homogéneos sobre el mismo recipiente.

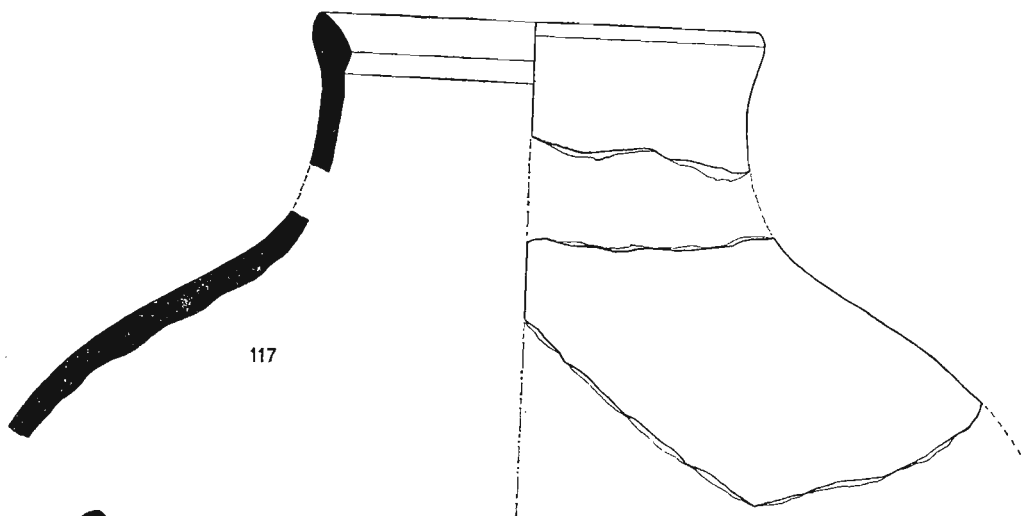
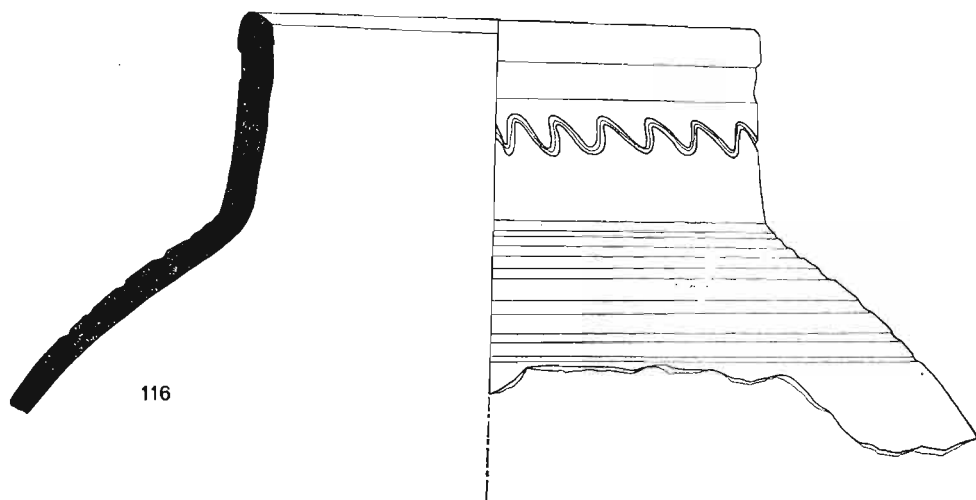
No hay en Sarabe un solo caso de pintura en motivos exentos decorativos: aunque en estas vasijas cubiertas de barniz existan estrías o surcos paralelos horizontales. En contadísimos casos la superficie de algún vaso se decoró con pelltas en relieve por aplique (en cuatro fragmentos, no dibujados): técnica decorativa que suele ser bastante frecuente en yacimientos más ricos que —a lo que parece— fuera el de Sarabe.

IGNACIO BARANDIARÁN

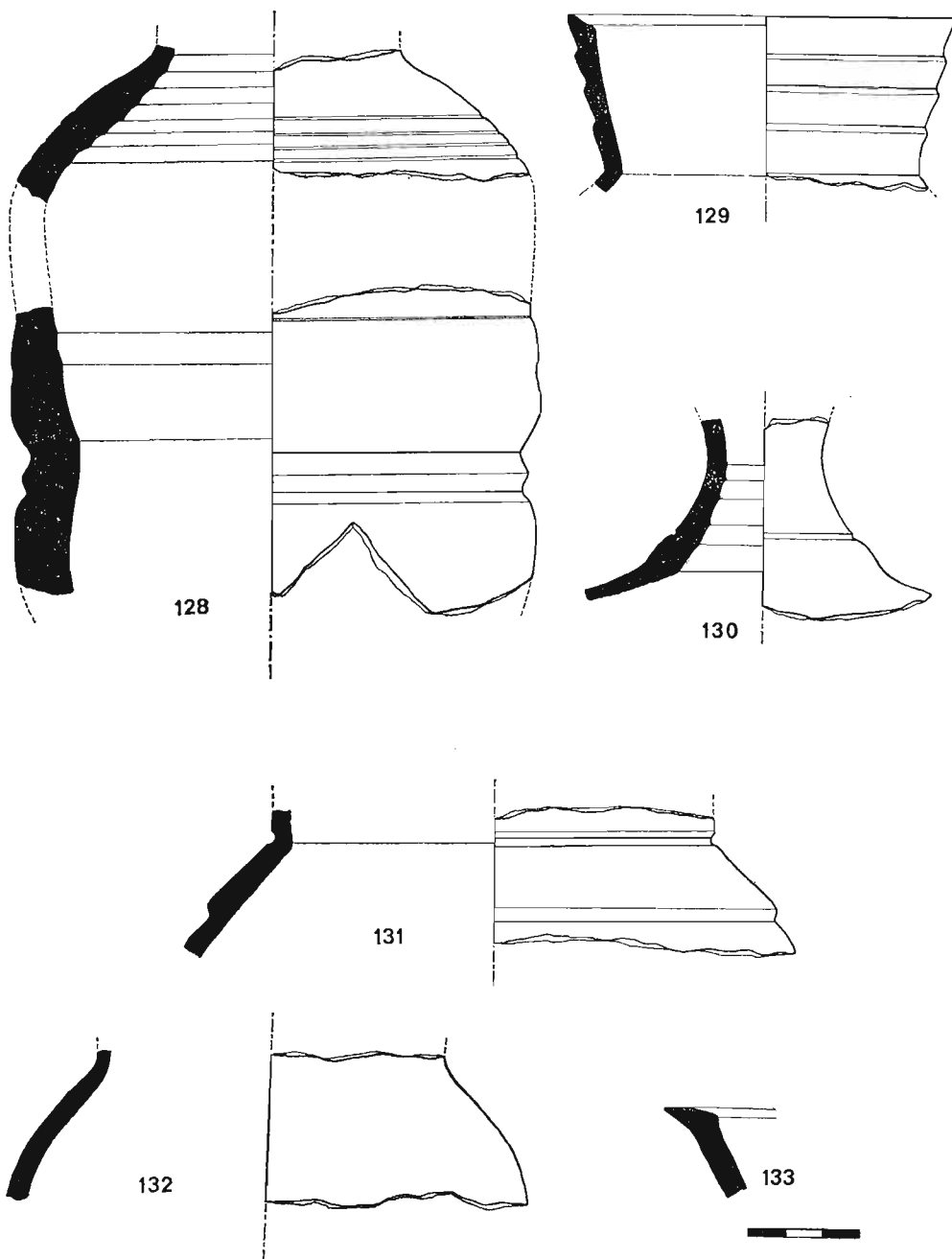


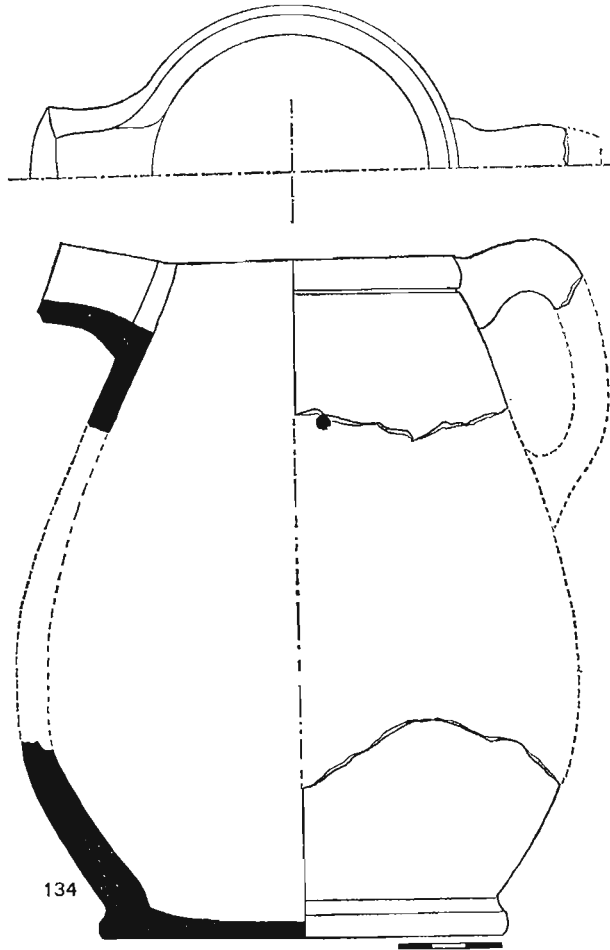
MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO





MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO





Como constatación general, puede afirmarse que las vasijas barnizadas son de paredes más gruesas como media (entre los 7 y los 9 mm. habitualmente) que las no barnizadas. Entre ellas podemos concretar algunos tipos:

— El cuenco o platillo de paredes casi verticales y fondo tendiente al plano: en los núms. 86 y 87 (en éste son sus dimensiones los 160 mm. de diámetro en boca por los 58 a 60 de altura).

— El vaso de cuerpo cilíndrico y borde horizontal plano (como para acoger una tapadera), de paredes muy delgadas (núms. 114 y 115).

— El barrilete o garrafa de cuello estrecho y cuerpo en tonel (140 milímetros de diámetro): es el núm. 128, de pasta color ladrillo claro y barniz exterior marrón oliva. Posee varios surcos paralelos al exterior.

MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO

— La «botella» de boca estrecha (núm. 130): de barniz verdoso clarísimo sobre pasta muy pálida.

— Un cuello y arranque de cuerpo (núm. 131).

— Un recipiente, reconstruído aproximativamente (núm. 134): es alto, de cuerpo abombado y panza caída, con base plana. En su borde hay un canaleta de vertido; posee asa de cinta gruesa (tendiente a la sección cilíndrica): mediría unos 200 mm. de alto, los 166 de diámetro en la panza, y 100 en la boca.

— Por fin deben apuntarse otros recipientes vidriados de formas asimilables a algunas no barnizadas ya descritas: tal es el caso del perfil número 132 (como los núms. 88 a 92, 117, etc.), del labio núm. 133 (como el núm. 60) o de la boca núm. 129, con molduras distanciadas al exterior (de forma semejante a la de los cuellos altos antes descritos).

— Hay cuatro asas de sección tendiente al cilindro (núms. 118, 121, 127, 134): frente al caso —que antes apunté— de las de cerámica no vidriada, que son aplanadas

8. VIDRIO

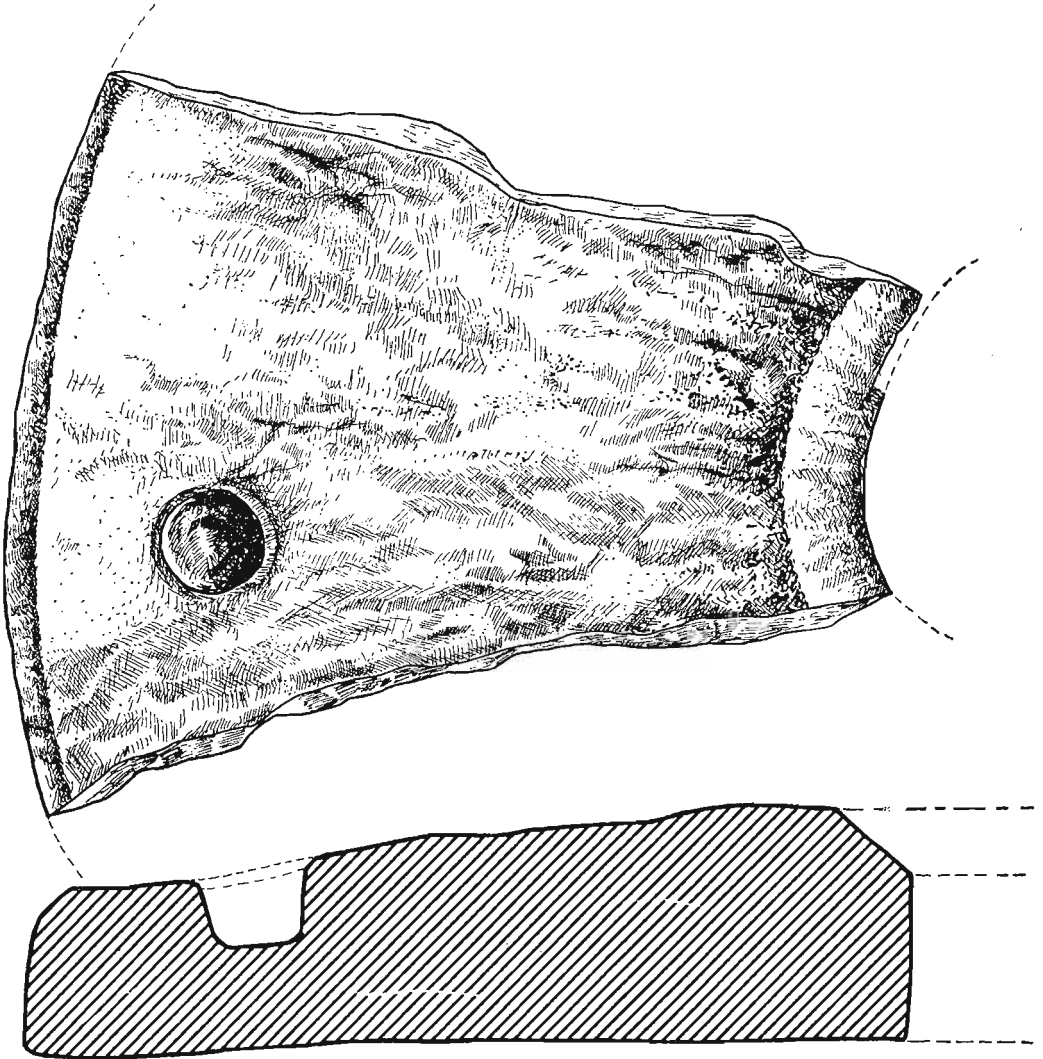
Se han recogido tres minúsculos fragmentos de vidrio transparente, incoloro (con burbujitas de aire en su masa), de grosor inferior al milímetro. Pertenecen al borde de un vasito de paredes muy delgadas.

9. MOLINO

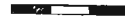
En la figura núm. 135 se dibuja el fragmento hallado de una muela de molino. Pertenece a la mitad giratoria, superior. Se fabricó en arenisca de grano muy grueso; tendría unos 50 cm. de diámetro. Su cara inferior —la superficie activa— es plana; el dorso ligeramente curvado. En esta faz superior presenta un agujero central (en forma de tolva: por el que se echaba el grano y por el que pasaba el eje de giro) y otro desplazado a un costado, en el que se insertaba el mango de madera con el que —manualmente— se hacía girar a esta muela, quedando inmóvil la inferior. El tipo del molino de mano —de lejana ascendencia— se ha seguido empleando en la Edad Media (coexistiendo con el hidráulico y con el de tracción animal; el manual restringido a medios más pobres, o para uso exclusivamente doméstico) y aún se conoce hoy en grupos humanos más primitivos¹².

* * *

¹² Este tipo de molino a mano, con manivela de madera, tiene su origen en el Próximo Oriente mediterráneo (o, quizá, en Mesopotamia): es el que se usa sistemática-



135



MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO

Aunque nuestro estudio se ciña a los elementos arqueológicos menores, podemos afirmar que Sarabe, por sus aspectos toponímicos, etnográficos, de estructura y de situación¹³ debe interpretarse como una posición fortificada, al estilo de los castillos que por estas épocas —fines del siglo XII hasta mediados del XIV— son tan frecuentes en Vascongadas y Navarra. Por desgracia aún no contamos con repertorios completos, y suficientemente críticos, sobre estas fortificaciones, castillos y torres¹⁴.

Se sabe, por ejemplo, de los que en 1199-1200 pasan como plazas fortificadas de la corona de Navarra a Alfonso VIII de Castilla, en las provincias de Alava y Guipúzcoa: San Sebastián, Fuenterrabía, Beloaga (en el valle de Oyarzun), Zequiategui, Aizcorroz, Arlucea, Azprocia, Vitoria la vieja, Marañón, Elosua, Athavit, Irurita, San Vicente (de Atana) y Santa Cruz¹⁵. En tanto que de la zona inmediata a Sarabe, en Navarra, se han apuntado por estas fechas los castillos de Aezkoa, Aguilar de Codés, valle de Améscoa, Andía (al sur de la peña de San Donato), Areso, Argindikain (en el valle de Araquil), Echarri-Aranaz, Garriz, Irulegui (en Arraiz), etc.¹⁶.

De esos castillos y plazas fortificadas hay varios (ya excavados) en Guipúzcoa, cuya consideración puede ser útil para aclarar el carácter y estructura del Gaztelu de Sarabe. Son los de Mendicute, Ausa, Jentilbaratza y Aitzorrotz.

El castillo de Mendicute (en Aldaba-Albistur) fue excavado por I. López Mendizábal y E. Rotondo Nicolau en 1911. Lo forma un recinto, en la misma cumbre de la montaña, fortificado por muro de cal y canto de piedra, en planta de octógono irregular; esta pared de mampostería tiene

mente en la Grecia clásica, en tanto que en época romana es —para trabajos de envergadura— sustituido por el hidráulico (que ya se cita en época de Mitridates y que Vitruvio describe con minuciosidad). En el mundo musulmán el molino de mano (por ejemplo en Siria y Egipto) es de uso corriente hasta el siglo XIII, estando su empleo reservado a las mujeres; aún perdura hoy en algunos pueblos del Oriente Medio. A diferencia de aquellas muelas movidas por tracciones más poderosas (animal o por agua o viento), que adoptan una forma más cónica en sus superficies de contacto mutuo, las pertenecientes a molinos manuales suelen tener sus superficies activas prácticamente planas. Véanse, para más información: *Milieu et Techniques* de A. LEROI-GOURHAN (tomo I; París, 1945: pp. 161-164), *Les Origines de la Civilisation Technique*, dirigida por M. DUMAS (tomo I; París, 1962: pp. 104-107, 243) o el *Dictionnaire archéologique des techniques* (tomo II; París, 1964; sub voce "Meule-Moulin", por L. BURKE y J. ANDRÉ).

13 Temas que se desarrollan, en este mismo tomo de "Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra", por J. M. SATRÚSTEGUI y por F. LEIZAOLA.

14 Son, de todos modos, útiles recopilaciones sobre el tema, pero no completas; *Castillos medioevales de Nabarra* de J. DE ALTADILL (tres tomos; Col. Zabalkundea, San Sebastián, 1936), *Castillos de la Rioja. Notas descriptivas e históricas* de C. ГОРГОСЧЕВА ("Instituto de Estudios Riojanos"; Logroño, 1949) e *Inventario de protección del Patrimonio cultural europeo. España-2. Monumentos de arquitectura militar*, por la Dirección General de Bellas Artes (Madrid, 1968).

15 Con algunas inseguridades en la transcripción en: *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, de J. GONZÁLEZ (Madrid, 1960; p. 853).

16 J. DE ALTADILL, op. cit., passim.

una única puerta de acceso de apenas 75 cm. de ancho. En la excavación se encontraron abundantes huesos animales, varios tipos de flechas de hierro (no descritos) y piedras arrojadizas para honda. Se limpió, también, una cavidad tallada en la roca viva, posible algibe, de 2 × 1,5 metro de planta¹⁷. En opinión de López Mendizábal debe ser éste de Mendicute el mismo recinto fortificado de Arzorociam (o Azprocia) —forma latinizada del topónimo euskérico aún utilizado de Aitzurtzi o Azurzi— que se citaba en la referencia de plazas incorporadas a Castilla en 1200 por Alfonso VIII.

En el término de Ausako-Gaztelu, de Zaldivia, quedan evidencias de una antigua construcción sobre un peñasco, al W. NW. del pico de Saltarri. En sondeos realizados allí en 1916, J. M. de Barandiarán obtuvo evidencias de una fortificación medieval y restos arqueológicos datables en el siglo XIII. Con lo que el «gaztelu» de Ausa, en Zaldivia, se certifica como el mismo citado por Jiménez de Rada entre los pasados de Guipúzcoa a la corona de Castilla en 1200¹⁸.

En el peñón de Jentilbaratza (sobre el monte Artxabaleta, en un extremo de la sierra de Aizkoate) realizó el mismo J. M. de Barandiarán en agosto de 1916 excavaciones arqueológicas. En ese lugar de Ataun se aseguraba la existencia de un castillo contemporáneo a aquel otro de Ausa; el que en la documentación de Jiménez de Rada se citaba como Athavit (o Atahun), aclarándose así una cuestión de ubicación en la que no habían acertado ni P. de Gorosabel ni S. de Múgica. Será bueno resumir las observaciones de J. M. de Barandiarán sobre su excavación en Jentilbaratza¹⁹:

El recinto del «castillo» se alza sobre un peñascón de muy difícil acceso, a excepción de la entrada natural —al Sur— que

17 I. LÓPEZ MENDIZÁBAL, *Castillos medievales en Guipúzcoa, año 1200* ("Homenaje a D. Joaquín Mendizábal Gortázar", San Sebastián, 1956; p. 274); F. DE AROCENA, *El "Castrium Montis Acuti" documentado como medieval* ("Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País", tomo XIII; San Sebastián, 1957; pp. 313-318).

18 Ni A. DE CAMPIÓN (*Euskariana (Quinta serie). Algo de Historia*, "Euskalerrriaren alde"; Pamplona, 1915, pp. 256 y 270) ni J. DE ALTADILL (op. cit., tomo I, pp. 97-102) supieron acertar con la ubicación de aquella plaza de Ausa: Campión no pudo decidirse por su exacta reducción, Altadill la situaba por Assa, junto a Laguardia.

Del Ausako-Gaztelu sólo se ha publicado un relato legendario por J. M. DE BARANDIARÁN (*El mundo en la mente popular vasca*, tomo I; San Sebastián, 1960; p. 39), sobre un gentil que allí vivía en épocas antiguas, y su emplazamiento exacto, cerca del dolmen de Ausokoi, por T. DE ARANZADI, J. M. DE BARANDIARÁN y E. DE EGUREN (*Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano*, San Sebastián, 1919; mapa frente a página 14); aparte de referencias muy de paso por J. M. DE BARANDIARÁN al tratar en nuestros días de materiales de estaciones alavesas. A amable comunicación oral de don José Miguel debo las precisiones sobre Ausa que aquí incluyo.

19 El informe de J. M. DE BARANDIARÁN sobre esa excavación se publicó, con el título *Jentilbaratza o el castillo de Ataun*, en tres lugares diferentes: en la revista "Euskalerrriaren alde" (San Sebastián, 1916; tomo VII, núm. 136), en el "Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra" (Pamplona, 1917) y en la op. cit. de J. DE ALTADILL (tomo I, pp. 103-105). También se refiere a este yacimiento la publicación de dólmenes del Aralar guipuzcoano ya citada, de T. DE ARANZADI-J. M. DE BARANDIARÁN-E. DE EGUREN (pág. 11).

MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO

se hallaba cerrada por una pared «de un metro de espesor por doce de largo y tres de alto», hecha en buena obra de cantería y unidas sus piedras con dura argamasa. El área de la fortificación es de reducidas dimensiones: 24 metros de largo por unos 10 de anchura.

Posee un algebe tallado en la roca misma del suelo.

Los elementos arqueológicos recuperados fueron: en superficie «trozos de vasijas, huesos de animales, clavos y pedazos de hierro», y en niveles ya intactos «clavos de variadísimas formas, un pedazo de espadín, tres puntas de lanza y dos monedas de vellón».

Comunica con una cueva natural, a la que se superpone la planta del castillo: «bajando por unos escalones practicados en la peña por el lado sur, antes de recorrer la distancia de tres metros aparece la boca de una estrecha cueva que conduce a otra más espaciosa, iluminada por una ventana natural abierta hacia el Oriente, en medio de un precipicio. ¿Esta cavidad habrá podido ser una habitación en otro tiempo, o bien algún lugar de enterramiento?».

El interés de los castillos —o recintos fortificados— de Ausa y de Jentilbaratza es muy grande por lo que respecta al de Sarabe, por su proximidad a él: proximidad tanto espacial, como temporal y de estructura y contenido. Más aún parece que Ausa y Jentilbaratza, en 1265, pasaron a pertenecer a Navarra, cuando se sabe que este Reino hubo de pagar veinte libras a Don Pedro Sanchiz de Ipuscoa por la «retenencia» de estas plazas. La misma serie de escaramuzas y conflictos fronterizos que afectaron a Ausa y Jentilbaratza, entre 1265 y 1336, hubieron de tener al «gaztelu» de Sarabe, tan próximo, como protagonista²⁰.

El castillo de Aitzorrotz, en el extremo SW. de Guipúzcoa —en término de Bolibar-Escoriaza—, sobre el agudo picacho de ese nombre ha sido excavado en dos ocasiones: en 1925 por L. RECA, y en 1968-69 por nosotros mismos²¹. En las excavaciones de 1925, entre otros materiales arqueológicos no concretados, se recuperaron nueve monedas de plata medievales (una de Alfonso VIII y las otras de Fernando III, Alfonso X y de Fernando IV).

En las excavaciones recientes los materiales arqueológicos (cerámica, clavos, algunas armas, vidrios, ...) y numismáticos permiten afirmar la

20 A. DE CAMPIÓN, op. cit.: 258; I. LÓPEZ MENDIZÁBAL, op. cit.: 280-281.

21 Antes de la memoria de los trabajos de 1968 en Aitzorrotz (I. BARANDIARÁN, op. cit.) se habían publicado la reseña de los de L. RECA (*El yacimiento de Aitzorrotz* en "Memoria LII, 38 sesión, de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria"; Madrid, 1926) y un estado de la cuestión por I. BARANDIARÁN (*Sobre el yacimiento arqueológico de Aitz-Zorrotz. Escoriaza (Guipúzcoa)*; en "Príncipe de Viana", tomo 98-99, Pamplona, 1965; pp. 93-102).

exacta correspondencia de los momentos más antiguos de la ocupación de este castillo con los de uso del gaztelu de Sarabe. Aitzorrotz fue ocupado entre fines del siglo XII y mediados del XIV: consta históricamente hacia 1369 la fecha del abandono de esta fortaleza. De los niveles descubiertos, el c de Aitzorrotz es el más inmediatamente relacionable con el conjunto de Sarabe²². En cuanto al recinto encontrado, muestra un poderoso muro rodeándolo (de canto de piedra y mortero de cal), un algibe tallado en la roca y escasos restos de una construcción, sumamente tosca, en su parte central.

De los datos reseñados sobre los castillos citados pueden concretarse algunos caracteres comunes para este tipo de fortalezas en esos tiempos. Los mismos caracteres que el peñasco de Sarabe debe poseer:

- Una reducida extensión superficial.
- Su situación estratégica en cumbres de difícil acceso.
- Un recinto amurallado muy sencillo, directamente descansando sobre la roca, con estrechos portillos o puertas de acceso. Su arquitectura interior es, también, muy simple pues quizá todo se redujera a «una pequeña choza o cabaña de tablas en la cima, en cuya construcción se guarecían los que lo cuidaban...»; de forma que quizá aquellos «castillos» «no tenían importancia militar alguna, y eran tan sólo puestos de vigilancia para el mejor orden de los usuarios de los pastizales de los montes»²³.

— Suele ser frecuente (así en Jentilbaratza, en Aitzorrotz, en Mendicute, ... y también en Sarabe) la presencia de un próximo covacho inmediato al recinto fortificado.

— También es usual el algibe (de forma paralelepípedica) tallado en la roca viva, y que aseguraría la provisión de agua en momentos de asedio²⁴.

22 Las monedas —elementos datables con exactitud— de la excavación de 1968 en estos estratos referibles al momento medieval del castillo de Aitzorrotz pertenecen a los monarcas Alfonso VIII (una), Alfonso X (dos), Alfonso XI (una de vellón) y Fernando IV (una).

En 1969 —y ahora se publican por primera vez— las que recogimos son: 1 óbolo de Sancho VI de Navarra (1150-1194: la más antigua del repertorio, junto a 1 sanchete del mismo monarca), dos dineros de Alfonso VIII, 1 cornado de Sancho IV, 1 seisén de Sancho IV, 1 cornado de Alfonso (VIII a X?), 1 cornado de Alfonso XI y dos dineros novenes de vellón de Alfonso XI. Como se ve, todas incluíbles entre los últimos decenios del siglo XII y mediados del XIV.

23 I. LÓPEZ MENDIZÁBAL, op. cit.: pp. 280-282.

24 Véase el mismo tipo de algibe en la explanada de la ermita de Udala, de la baja Edad Media: P. RODRÍGUEZ DE ONDARRA, *Informe sobre la prospección arqueológica realizada en la ermita de la Ascensión, en Udalaiz (Mondragón). Octubre-Noviembre 1958* (Publicaciones "Aranzadi" núm. 14; San Sebastián, 1958). Y recuérdese que se describieron en Aitzorrotz, Mendicute, Jentilbaratza y —según me informa J. M.^a Satrústegui— en Sarabe.

Tras la separación por Alfonso VIII de las tierras de Alava y Guipúzcoa de la Corona de Navarra, y su incorporación al Reino de Castilla, se va a producir toda una zona de fricción (de saqueos y ataques mutuos continuos) entre Alava y Guipúzcoa y Navarra: la conocida con el nombre de «frontera de malhechores», según se la llamó ya en la carta de población de Echarri-Aranaz, en 1312, por Enguerrando de Villiers. Esta zona conflictiva, poblada de castillos y otros más simples recintos fortificados, ocupa los valles navarros de la Barranca, de Araquil, de Burunda, de Araiz y de Larraun. Desde mediados del siglo XIII (exactamente es el 1261 la fecha apuntada como la de inicios de esta triste etapa de bandolerismo y trope-lías) y durante un siglo largo (en 1321 se produce la lamentable rota de Beotibar) una situación casi continúa de guerra civil va a tener en pie de guerra a estos navarros fronterizos de Alava y de Guipúzcoa. Es un importante capítulo de la historia de Navarra y de sus vecinos inmediatos que deberá recibir muchas luces cuando se publique la rica documentación de la Cámara de Comptos del Reino²⁵.

Me ha parecido de interés intentar un examen de conjunto de estas provincias vasconavarras desde el punto de vista de sus dispositivos de arquitectura militar en estos siglos XIII y XIV. Debo apuntar de antemano (y en justificación del intento) su carácter de mero ensayo, reconociendo las vacilaciones y errores de apreciación que puedan deducirse de la contabilidad de datos procedentes de un muestreo no excesivamente correcto: aunque sí aprovechable, en sus líneas generales²⁶.

En esta apreciación de conjunto se han contabilizado 105 construcciones militares de Vizcaya, 96 de Alava, 46 de Guipúzcoa y 83 de Navarra. Se clasifican en cuatro categorías fundamentales: los edificios (civiles o religiosos) fortificados (EF), los recintos urbanos amurallados (RM), las torres exentas de guarnición o de vigilancia (T) y los castillos propiamente tales (Ca).

25 Sobre esa "frontera de malhechores" pueden verse: el capítulo I ("Sobre la frontera de los malhechores; el bandolerismo de 1261 a 1332; la "facienda" de Beotibar; la toma de Hernani") de la *Gacetilla de la historia de Nabarra. Crónica negra* de A. DE CAMPRIÓN (de sus "Euskarianas"; volumen III; Pamplona, 1915: pp. 241-423) o J. DE ALTADILL, op. cit.: tomo I, p. 36. Y, en nuestros días, las síntesis: *Las fronteras de Navarra* de A. UBIETO (en "Príncipe de Viana", tomo XIV; Pamplona, 1953: pp. 65 y mapas correspondientes) o *Historia del Reino de Navarra* de C. CLAVERÍA (Pamplona, 1971: pp. 87-107).

La primera referencia segura a esa situación conflictiva en la frontera se recoge en el documento núm. 15 (caj. 3) de los Libros de Comptos de Pamplona.

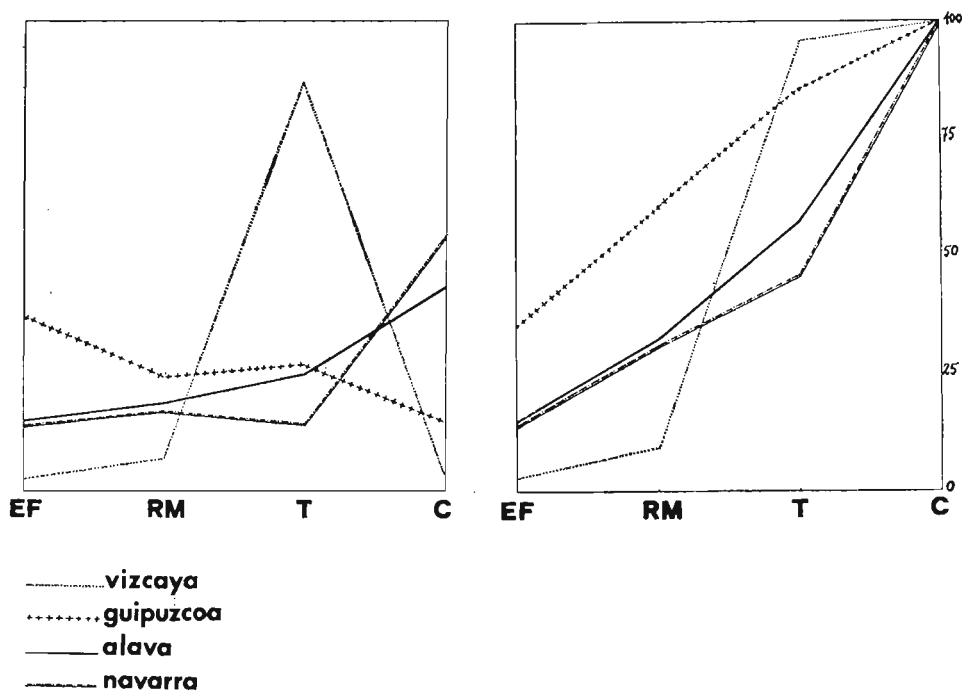
26 Esa estadística se toma del repertorio *Inventario de protección...* cit. (de la Dirección General de Bellas Artes) sobre arquitectura militar medieval, anterior al siglo XV. Como se decía se observan en ese inventario algunas inexactitudes: por ejemplo nombres que se repiten (así, en Guipúzcoa se cataloga dos veces Aitzorrotz), otros que no son citados (ni Jentilbaratza ni Ausa), o bien hay errores de datación.

Sin embargo —repetiré— a modo de ejemplo creo que resulta interesante el ensayo de visión de conjunto que se ofrece sobre estas cuestiones.

IGNACIO BARANDIARÁN

Los totales de esas categorías de la arquitectura militar y los porcentajes relativos de cada una dentro de su propia provincia, son:

	EF	RM	T	Ca
Vizcaya ...	3 (2,85 %)	7 (6,65 %)	91 (86,45 %)	4 (3,80 %)
Alava	14 (14,56 %)	17 (17,68 %)	24 (24,96 %)	41 (42,64 %)
Guipúzcoa	16 (35, 2 %)	11 (24, 2 %)	12 (26, 4 %)	7 (15, 4 %)
Navarra ...	12 (14, 4 %)	14 (16, 8 %)	12 (14, 4 %)	45 (54, %))



En los gráficos adjuntos (a la izquierda gráfica normal; a la derecha, acumulativa) se aprecian:

- la asombrosa coincidencia en cuanto a distribución de las respectivas categorías en Navarra y en Alava.
- la disimilitud —al contrario— de Vizcaya y Guipúzcoa: entre sí y con respecto a Navarra + Alava.
- el alto porcentaje que en Alava y Navarra suponen los castillos (la mitad de las categorías de su arquitectura militar: en aquella provincia

MATERIALES DE SARABE (URDIAIN). ESTUDIO ARQUEOLÓGICO

son el 42,64 %, en ésta el 54 %); en tanto que torres, recintos amurallados y edificios fortificados suponen una minoría.

- d. el elevadísimo porcentaje de las torres en Vizcaya (un 86,45 %), y lo notable de los edificios civiles fortificados en Guipúzcoa (un 35,2 %). Al mismo tiempo —y a la inversa de lo apuntado en Alava y Navarra— en Vizcaya y Guipúzcoa son escasísimos los castillos (3,8 % y 15,4 %, respectivamente).

Con ello parecen marcarse las líneas generales de la historia de estas provincias en los siglos medievales: con unos poderes reales y una más sólida organización interna en las meridionales Alava y Navarra (mantenido todo por una estable red de castillos) y con frecuentes banderías y revueltas en Guipúzcoa y Vizcaya donde las estructuras propias de la arquitectura militar son suplidas por torres numerosas (Vizcaya) o han de fortificarse los mismos edificios civiles (Guipúzcoa).

Gaztaleko-aitza de Sarabe debe pertenecer, pues, a este sistema de fortificación y vigilancia —en plena «frontera de malhechores»—, aunque hasta el momento no parece haberse hallado ninguna referencia a su existencia en las fuentes medievales contemporáneas. Y sólo se puede determinar a partir de la consideración de sus elementos arqueológicos.

Con estos mismos criterios de tipología cultural creo que Sarabe debe datarse con seguridad en pleno siglo XIII: probablemente no sea muy anterior a 1225 y puede perdurar —cuando menos— hasta fines de esa misma centuria.

Ignacio BARANDIARÁN

Zaragoza, 10 de febrero de 1973

